

## LA PRIMERA ASCENSIÓN AL PICO DE NAIGUATA<sup>1</sup>

Por JAMES M. SPENCE

La cadena de montañas que se desprende de la cordillera de los Andes cerca de Barquisimeto y que se extiende por el litoral hasta abatirse por completo en el Cabo Codera, presenta dos grandes alturas a inmediaciones del valle donde está asentada la capital de Venezuela, que son: la Silla de Caracas y el Pico de Naiguatá, que por estar más distante que la primera y casi en la misma línea, no se divisa desde la población<sup>2</sup>. La Silla, por el contrario, forma la parte más bella y majestuosa de la cortina que sirve de fondo a la ciudad cuando se observa ésta desde el lado del Sur, y su considerable elevación, la rareza de su forma y los caprichosos cambiantes de luz y colores con que se cubre a cada instante su cima cuando no aparece perdida entre grandes copos de niebla, hacen que el extranjero que por primera vez admira tan extraño como pintoresco espectáculo, conciba la idea de subir a la cúspide de esta célebre montaña para gozar allí con la vista del extenso panorama que se extiende a sus pies.

Animado de tal deseo desde mi llegada a este hermoso país, pude realizar al fin en los días 6, 7 y 8 de abril último, una ascensión a la Silla en unión de varios amigos; mas, como esta había sido visitada repetidas ocasiones por otros viajeros inteligentes, entre quienes se cuenta el célebre barón de Humboldt, no di a mi viaje otro carácter que el de una excursión de placer, considerándome satisfecho con la magnificencia del aspecto que presentaba a mis ojos un horizonte inmenso que circunscribe un variado conjunto en que alternan valles, colinas, poblaciones, llanuras, océano y archipiélago.

Llamó sin embargo mi atención el elevado Pico de Naiguatá que se levantaba atrevidamente a alguna distancia de la Silla, y en que la amurallada apariencia de sus flancos bastaba a provocar la curiosidad y tras ella el vehemente deseo de vencer sus tradicionales dificultades.

Informado por varios de mis compañeros en aquella excursión de que generalmente se reputaba como inaccesible este pico, y habiéndome asegurado por otras personas, a mi regreso a la capital, de que en las selvas que rodean al Naiguatá se ocultaban animales cuya sola ferocidad bastaba a hacer temeraria la empresa de atravesarlas, añadiéndome que aun sin temer este peligro, ya otras personas habían intentado escalar el pico, viéndose precisadas a cejar en su aventurado propósito por la imposibilidad que hallaron en lo fragoso de su pendiente, me sentí más y más deseoso de ser el primer humano que posase su planta sobre la aguda cima; y abrigando al mismo tiempo el propósito de recoger en

---

1. Los señores general Leopoldo Terrero, A. Goering y G. A. Hübel, y muy especialmente el primero, han tenido la amabilidad de poner a mi disposición para este trabajo, las noticias y observaciones que por su parte recogieron en la expedición.

Las observaciones de altura se han hecho con un barómetro aneróide (Núm. 620, J. Steward, 66, Strand, London), y se expresan en pies ingleses, de los cuales 3,28 son un metro.

El termómetro fué siempre el de Fahrenheit. J. M. S.

Detrás de las alturas indicadas en pies ingleses por Spence he anotado en paréntesis las equivalentes en metros; así mismo he indicado las temperaturas en Centígrados detrás de las Fahrenheit del texto.-A. J.

2. No es cierto que el Pico de Naiguatá sea invisible desde Caracas. Desde el Calvario y en toda la parte baja de la ciudad, desde la plaza de Santa Teresa, puede verse el Pico que se proyecta próximo a la loma que desciende de la Silla a Los Chorros y por efecto de perspectiva parece mucho menor que esta.- A. J.

provecho de este país a quien debo tan grata hospitalidad, las observaciones y noticias que me fuera posible, determiné invitar para una expedición a varios caballeros mis amigos, cuyos diversos conocimientos reunidos alcanzasen para ella un resultado científico y artístico.

Fueron éstos: el general Leopoldo Terrero, cuyo buen juicio, espíritu de observación y analizador, y la sincera amistad que nos une, hacían para mí de grande aprecio su compañía; el joven artista Ramón Bolet, cuyo talento será algún día recompensado por la recomendación de su propio nombre, y en quien llevábamos la seguridad de que los encantos de tan variada perspectiva, la alegría de los hondos valles, los atrevidos colores con que el sol se prodiga sobre las cumbres lejanas, y esa multitud de juegos concertados por la luz y por el aire para embellecer más y más esta naturaleza privilegiada, lucharían en vano por escapar a la espontaneidad de su pincel y a su rica fantasía; el señor Antonio Goering, miembro correspondiente de la Sociedad Zoológica de Londres, para quien se presentaba un nuevo campo a los trabajos zoográficos que le han traído a este suelo, y que a sus conocimientos científicos une un pincel acostumbrado a reproducir las bellezas de esta zona; el señor Gustavo Adolfo Hübel, ingeniero minero, cuya inteligente observación no podía quedar inactiva ante la variada conformación de un terreno singular; el joven Dr. Simon Vaamonde, hombre de ciencia ante quien iban a aparecer nuevas plantas a las que podía arrancar el secreto de sus propiedades químicas y terapéuticas; y el señor Enrique Lisboa, de la Legación brasilera en Caracas, quien a más de la cultura de su educación y su amor por la ciencia, reunía la circunstancia de ser hijo de otra lejana sección de la América, con cuyo recuerdo podía establecer comparaciones hasta encontrar en la misteriosa simpatía de naturalezas que viven en el calor de una misma zona, las trazas de la unidad que existe entre los pueblos de este continente.

A la 1 y 25 minutos p. m. del día 21 de abril, y en momentos en que el termómetro marcaba 85° Fahrenheit (29°,4 C.) salimos de la capital montados en mulas y tomamos el camino del Este, precedidos en algunos minutos por cuatro peones que conducían nuestras provisiones en un asno. Llegamos al bello caserío de Sabana grande a las 2 y 55 minutos y allí descansamos algunos instantes en las casas de recreo que ocupaban el señor Cónsul francés Mr. Saillard y el señor Enrique Lisboa, quien se nos incorporó en aquel lugar para la expedición.

Después de un corto trayecto que caminamos agradablemente rodeados de la atmósfera que calentaba con tibieza el sol en los momentos en que bajaba con lentitud para desaparecer detrás de la serranía del Oeste, y cuyos desfallecidos rayos apenas lograban atravesar penosamente la sombría arboleda que de lado y lado del camino protege hermosísimas plantaciones de café, llegamos al lugar denominado Los Dos Caminos, sitio que se encuentra a una elevación de 3.050 pies (930 m.) sobre el nivel del mar<sup>3</sup>.

Desmontámonos por breve rato en los espaciosos corredores de las ventas, y en ellas aumentamos nuestras provisiones, dando luego las órdenes convenientes a los guías y sirvientes que allí nos esperaban en número de ocho y cuyos nombres quiero dejar anotados

---

3. Según nivelación practicada por mí en 1913, la plazoleta del vecino burgo de *Los Dos Caminos* tiene una elevación de 866 metros sobre el nivel del mar.-A. J.

en esta relación. Eran los primeros, Miguel y Julián Rivero, Ambrosio Mesa y Meliton Cuervo, y los últimos, Antonio Pacheco, sirviente de Lisboa, José Jesús Sanoja, que lo era del Dr. Vaamonde, Juan José Guillén que servía a Bolet, y mi sirviente Juan Evangelista Fernández.

Montamos de nuevo en nuestras mulas y tomamos la vía de la derecha, que conduce a la villa de Petare; penetramos en la hermosa hacienda de caña denominada Güeregüere, propiedad de la señora de Vaamonde, y cuya habitación dista muy pocos pasos del camino real. Las seis de la tarde eran cuando poníamos el pie en la agradable mansión en que debíamos pasar la noche y en donde nos aguardaban demostraciones tan distinguidas de caballerosidad y exquisito hospedaje, que bien merecen que deje consignado su recuerdo en estas líneas para aliviar un tanto el peso de gratitud con que la bondadosa dama, madre del señor Vaamonde, y este amigo y compañero nuestro nos agobiaron en las horas en que tuvimos la honra de ser sus huéspedes.

Los últimos rayos de luz de aquella tarde los aprovechamos para asestar nuestros catalejos hacia el *Pico de Naiguatá*, que parecía desafiarnos con todo el temeroso aspecto de su imposible acceso; y los crepúsculos ya fugitivos que se funden en las primeras sombras de la noche, hacían que se destacase sobre el firmamento el soberbio monte, como una masa sombría, mitad roca y mitad fantasma. Cuando la oscuridad nos hizo abandonar el espectáculo, los ánimos estaban algo reflexivos. Fué necesario estimular la conversación con esa chispa espiritual que se escapa con el roce de la buena compañía, e invertimos las horas que precedieron al sueño en oír las distintas anécdotas que nuestros guías y peones relataban acerca de las varias tentativas de ascensión que antes se habían hecho por varios viajeros, y en las cuales referencias procuraban los narradores exagerar, si no por el deseo de infundirnos temores, si por dar interés y color sombrío a esos relatos que a tales horas se refieren.

Discutimos en esa noche también la vía que deberíamos seguir, y quedó aceptada la opinión del Dr. Vaamonde, que creía que era conveniente ascender por el estribo de la montaña opuesta al de la Silla, reservándonos para cuando llegásemos al término del camino que allí había, resolver lo que mejor nos aconsejase la vista del terreno.

A las 4 y 40 minutos a. m. del día siguiente salimos todos reunidos en número de quince personas, estando a cargo de los sirvientes el burro que conducía las provisiones. El termómetro marcaba 62° (16°,7 C.) Atravesamos el camino de Guarenas dirigiéndonos hacia el Norte y una hora después llegábamos a la posesión llamada Tócome, sita al pie de la montaña, propiedad del señor general Santos Jurado, cuyos campos están sembrados de papas, cebollas y otras hortalizas. Allí la altura es de 3.325 pies (1.013 m.) sobre el nivel del mar<sup>4</sup>. En aquel momento teníamos 69° Fahrenheit (20°,6 C.)

El camino que tras esta posesión se extiende, es en extremo pendiente y lleno de grietas producidas por las aguas que en los meses de lluvia se precipitan con ímpetu desde la montaña, y ha sido abierto por los trabajadores de carbón vegetal que acarrear por allí su

---

4. Este sitio corresponde al antiguo trapiche de Duarte, el que totalmente reconstruido, alberga hoy el Asilo de la Infancia o Casa del Buen Pastor, cuya altura sobre el mar he encontrado ser de 950 metros. A. J.

producción en burros que tienen adquirida una práctica extraordinaria en este género de caminos, y que por otra parte, no necesitan sino una estrechísima senda para marchar con la misma seguridad con que trotaría un caballo por una vía de placer.

Fué, pues, por ese punto que principiábamos a subir, atravesando antes el pequeño río de Camburí. No era muy difícil para nuestras mulas el ejercicio, pero si las fatigaba bastante lo escarpado y pendiente del camino; dificultades que en la bajada se convirtieron en verdaderos riesgos para nuestras vidas y que nos obligaron por repetidas veces a desmontarnos en los pasajes más peligrosos.

Quince minutos después de comenzada la ascensión, llegamos a una altura de 3.725 pies (1.135 m.) La temperatura bajó a 63° (17°,2 C.)

Cuando eran las seis, teníamos ganados 530 pies más, de manera que estábamos a 4.255 pies (1.397 m.) sobre el nivel del mar; el termómetro señalaba 62 grados (16°,7 C.)

La mañana estaba fresca, el aire puro, y los ánimos contentos con esa alegría infantil que parece revivir en el hombre cuando sus pulmones aspiran el aire embalsamado de los campos, y que no es más que el contagio del regocijo en que bulle la naturaleza cuando se despierta para recibir las primeras claridades del día, cuya ausencia ha llorado entre las sombras.

En estos momentos se olvidan los años, la voz cobra mayor fuerza, el paso se apresura si se marcha a pie, se galopa si se va a caballo, se halla placer en sentirse humedecer por el rocío, se siente el cuerpo ávido de impresiones y de movimiento, y el camino parece corto por incómodo que sea.

Aguijadas las cabalgaduras por el acicate de nuestra común alegría, habían trepado con extrema rapidez por los violentos *zig zags* desde cuyas partes salientes podíamos hablarnos los de adelante con los que seguían detrás, a pesar de mediar una gran extensión de camino. Era una pequeña planicie el punto en donde nos detuvimos a dar respiro a las bestias que destilaban ya un copioso y humeante sudor, y allí procuramos orientarnos. Desde el pie del monte hasta su fila estábamos envueltos en las últimas sombras que luchaban con la aurora, mas al primer rayo de sol, mostróse tras de la fila que se nos interponía como una extensa faja de un verde oscuro y dudoso, la calva cúspide de la Silla, semejante a un gorro frigio, dorada ella sola por la luz, en tanto que el resto de la naturaleza no participaba aun en nuestro derredor de sus bellos resplandores.

Todas las carteras salieron a lucir y algún pincel atrevido humedeció el papel, en tanto que las mulas, para las que nada significaba lo grandioso de la escena, se entretenían en pacer la yerba refrescada por el rocío.

En este punto quedaba a nuestra derecha el Río Tócome con todas las vueltas que describe para llegar al valle, y que parecían otros tantos anillos de una serpiente de plata; y a la izquierda la quebrada que faldea la Silla por su parte oriental; mostrándonos ésta a nuestros pies los precipicios y breñales que constituyen su impenetrable defensa por este lado. Hacia la parte del Sur, a donde quedan los Valles del Tuy, las brumas arropaban completamente el

espacio, y en vano tratamos de divisar siquiera una población, una colina, un detalle cualquiera de este jardín bellísimo del Estado Bolívar que pocos meses antes había yo visitado con admiración.

El valle que ayuda a formar el estribo por donde marchábamos, presenta un anfiteatro sembrado de casitas de trabajadores de carbón, los que han devastado gran parte de aquellos bosques en provecho de su industria, tan ruinosa para las aguas que fertilizan las campiñas de Caracas.

Seguimos subiendo hasta la fila de uno de estos estribos del cerro, en cuyo punto encontramos uno de los labradores de aquellos campos, quien nos refirió que en aquel mismo lugar, escarpado y sembrado de riscos, se había precipitado un pobre hombre quince días antes. El termómetro indicaba 61 grados (16°,1 C.) y el barómetro nos revelaba que estábamos ya a una altura de 4.865 pies (1.483 m.) sobre el nivel del mar. Allí reposamos algunos minutos, continuando luego el camino que va por sobre el despeñadero, dejando a nuestra izquierda el que sigue en dirección del anfiteatro.

Las ocho de la mañana eran cuando echamos pie a tierra en Cerro Duarte, bellísima posesión separada de la Silla por un abismo desvanecedor; y cuya elevación es de 5.375 pies (1.638 m.)<sup>5</sup>. La temperatura había refrescado en aquel lugar: el termómetro sólo marcaba 60 1/2 grados (15°,8 C.) Desde allí los montes que forman el valle de Caracas comenzaban a aplanarse a nuestra vista; y Antímano, El Valle, Petare, y algunas poblaciones del Tuy que parecían resucitar medio envueltas en su sudario de niebla, formaban con los variados y simétricos sembrados de las cercanías de Caracas un extenso y caprichoso mosaico que deleitaba nuestras miradas.

Mientras nuestro huésped Pío Berroterán, honrado y laborioso agricultor de aquellas alturas, y dueño de la bien dispuesta casita en que nos habíamos desmontado, ayudado de su estimable esposa preparaba un desayuno para obsequiarnos, nos entreteníamos todos en sacar bosquejos y en tomar notas. La planicie sobre que nos hallábamos tenía una estructura singular. Su figura correspondía perfectamente con la de la popa de un navío levantado sobre las aguas de un océano cuyas ondas semejaban las serranías interiores de Caracas, que ora elevándose, ora abatiéndose, sucesivamente, simulaban el movimiento del mar en un tiempo bonancible.

Como se decidiese Berroterán a acompañarnos en la ascensión, nos separamos de *Cerro Duarte* llevándole como jefe de nuestros guías, a lo que se prestó sin exigir remuneración alguna, y continuamos subiendo el casi perpendicular camino, sometidos ya a la incómoda acción del sol que se levantaba con fuerza detrás de la fila de Naiguatá, elevando la temperatura a 71 grados (21°,7 C.)

Las nueve justas eran cuando llegamos a una choza de carbonero donde debíamos dejar las bestias, pues a poca distancia de allí el camino concluía. Hicimos que los peones y

---

5. Hasta hace pocos años existió en este sitio la casa mencionada por Spence, pero la restricción de talas de los montes en los últimos años, ha hecho que muchos labriegos de aquellas alturas abandonasen sus antiguas residencias, trasladándose a otros lugares. La altura de Cerro Duarte la encontré en 1885, por observaciones barométricas, 1.600 metros sobre el mar.- A. J.

servientes cargasen con las provisiones que hasta allí había conducido el humilde jumento que en todo el trayecto dió muestras de una fortaleza propia de su paciente raza, y nos preparamos para continuar a pie, proveyéndonos al efecto de largos bastones aguzados en su extremo inferior, como los que se usan para subir en los Alpes; dejando al fin aquel lugar a que dimos el nombre de *La Soledad* por lo casi yermo de él y porque tal era el nombre de la mujer en cuyo rancho dejamos las cabalgaduras. El termómetro señalaba en aquel paraje 75 grados (23°,9 C.) para la temperatura y 63 (17°,2 C.) para el agua, indicándonos el barómetro 6.550 pies (1.996 m.) sobre el nivel marítimo.

La vegetación es en aquella parte un tanto raquílica pero densa, lo cual puede depender de que los carboneros han descuajado los montes para alimentar su perjudicial industria. Allí alcancé a ver la mora, cuyo fruto de apiñados granates me trajo a la memoria los dulces recuerdos de mi infancia, cuando corría por los campos de Cumberland; y por un momento mi corazón se sintió conmovido por esas reminiscencias despertadas en presencia de una naturaleza tan hermosa y dominando horizontes inmensos tras de cuyas líneas vaporosas en vano procuraba la vista penetrar buscando la tierra de donde parecía partir el soplo de tan gratas impresiones.

Por donde quiera íbamos encontrando fresas y moras silvestres de las que tomábamos algunas que quedaban a nuestro alcance para mitigar un poco la sed que producía en nosotros la fatiga con que ascendíamos por una cuesta bastante recia ya.

La mayor sorpresa había causado en los habitantes de aquellos lugares vernos seguir una dirección tan poco racional para sus escasos alcances, y al pasar por la última de las chozas o ranchos, una mujer que allí vivía, y que con unos muchachos medio desnudos había salido a la puerta con la novedad de nuestra aproximación, manifestó en su semblante todo el temor de que no estuviésemos en nuestro cabal juicio.

Llamóme la atención ver en el camino grandes talas de maderas preciosas para construcción y otros usos, como cedro, granadillo, guayabo, etc., que aquellos encumbrados habitantes reducían buenamente a carbón sin darse a reflexionar que lo que así queman es oro, no obteniendo por ello sino ganancias miserables. Conveniente sería imponerles el deber de plantar una mata por cada árbol que derribasen, a fin de que al cabo de cierto tiempo estuviese remediado el grave mal que hoy ocasionan<sup>6</sup>.

Raro me fué también observar los caprichos de la vegetación, pues árboles que mil varas más abajo alcanzan gran corpulencia, allí tienen muy poco desarrollo; y a la inversa, las yerbas toman las proporciones de arbustos, habiendo visto helechos que podían medir ocho varas de largo, y más de un pie de circunferencia.

A las 10 y 20 minutos llegamos a un lugar en que termina por completo todo camino, y en donde se encuentra la última fuente, la que aprovechamos para llenar las tres garrafas que

---

5. Desgraciadamente ha continuado desde entonces el mal denunciado por Spence. Las leyes que se dictaron más tarde a fin de conservar los montes y aguas no fueron observadas y su aplicación en los últimos años, tanto en las faldas meridionales de nuestra cordillera avileña, como en otros lugares, ha venido a imponerse cuando ya no existen sino restos miserables de los antiguos bosques.-A. J.

llevaban los peones, y que constituían toda nuestra aguada. Hasta aquí teníamos ganada una altura de 6.625 pies (2.019 m.) El termómetro, había subido a 76 grados (24°,4 C.)

Ya en este punto, y en presencia de la parte donde comenzaban las dificultades de la ascensión, nuestro amigo el Dr. Vaamonde reclamó el derecho que por la ciencia tenía para examinar nuestra salud antes de arriesgarnos más en la temeraria empresa, y al efecto nos tomó el pulso, seguramente para ver si descubría en la intranquilidad de sus latidos las señales del temor, teniendo por nuestra parte la satisfacción de haberle dejado contento de su observación, que terminó por recetarnos, y recetarse a sí mismo, un modesto refrigerio.

Agarrándonos penosamente de los troncos de los árboles y haciendo que los peones talasen con sus machetes el monte que no señalaba trazas de senda alguna, comenzamos a subir la horrible pendiente de aquella montaña. De minuto en minuto nos deteníamos para tomar aliento: la conversación había cesado; los dichos agudos, la jovialidad de todos, habían cedido su puesto a la respiración anhelante que salía de nuestros pechos violentamente agitados por la fatiga y el esfuerzo. Momentos hubo en que perdíamos la esperanza en aquella interminable escala, y nos dejábamos caer desfallecidos en el suelo trémulas las piernas y bañados en copioso sudor; pero un grito del guía, o el animador tesón del amor propio empeñado, nos aguijaban de nuevo y volvíamos a ponernos en movimiento con más arrogancia que voluntad.

Dimos el nombre de El Calvario a aquella cuesta por haber tenido que ayudar allí a los peones a cargar el agua que había mermado ya bastante en su poder por los inconsiderados tragos que de ella tomaban sin tener en cuenta que también nosotros éramos humanos, y por tanto, expuestos como ellos a las mismas necesidades y flaquezas. El calor había aumentado, y a pesar de que llevábamos subidos 7.295 pies (2.223 m.) sobre el nivel del mar, el termómetro marcaba 78 grados. (25°,6 C.) Al fin salimos a un lugar en donde el gran incendio de 1868 había alcanzado y en que los arbustos, devorados por el fuego, se rompían al apoyarnos en ellos para ascender, tiznándonos las manos y la cara. Aquí la pendiente era casi perpendicular y tan resbaladiza la yerba seca de que estaba cubierta, que parecía que subíamos por sobre nieve, dando dos pasos adelante y uno atrás, por lo que convinimos en nombrar ésta la *Cuesta de los pasos perdidos*. Mi sirviente tuvo que raspar las suelas de mi calzado que se habían puesto lustrosas como vidrio, sin cuyo recurso me hubiera sido imposible continuar.

Abrimos consulta sobre si debíamos almorzar en aquel punto, en razón de que eran ya las 11 y 5', pero el terreno era muy poco a propósito para el efecto, no permitiéndonos estar sentados todos en un mismo plano; por lo que resolvimos desviarnos un tanto a la izquierda para apoyarnos en unas cepas de gramíneas que desde allí se divisaban y a cuya sabrosa sombra tomaron mis amigos un oportuno almuerzo en el que no quise acompañarles, aprovechando este tiempo para dormir un poco, con lo cual buscaba aliviar la fatiga de mi cuerpo mucho mejor que cargándolo con el peso de unas onzas más. Eran las 11 y 35 minutos y estábamos a 7.575 pies (2.309 m.) de elevación<sup>7</sup>.

---

7. Este punto del estribo que divide las aguas de Tócome y Galindo y que se llama hoy Topo de La Luisa tiene, según mis observaciones barométricas, una altura de 2.241 metros sobre el nivel del mar. En este sitio se une la vereda que sube desde la casa de Juan Gómez y que es la que los excursionistas posteriores han preferido, con la que siguió la expedición

Reposado que hubimos, pusímonos de nuevo en marcha a las 12 y media; y veinte minutos después llegamos al pie de una roca, a la que dimos el nombre de La Trinchera, y cuya cumbre ganamos a la 1 y 5 minutos andando las más veces a gatas, pues escasamente encontrábamos donde fijar los pies, y expuestos a cada paso a despeñarnos al abismo. Fué un verdadero triunfo sentarnos al término de esta roca a respirar el aire con toda la plenitud de nuestros pulmones, y varias carteras recibieron en sus páginas los trazos de la magnífica perspectiva que de allí se divisaba, mostrándonos el pico de Naiguatá dividido en varias otras eminencias. La parte de la montaña en que estábamos colocados mereció que la bautizásemos con el nombre de *Cerro de los treinta y dos diablos*, aludiendo a que solo valiendo por dos diablos cada uno de los diez y seis expedicionarios, podíamos haber llegado hasta aquel lugar<sup>8</sup>. Bajamos este monte para seguir nuestra dirección y entramos en un espeso bosque en que formaban bellísimos pabellones de verdura y arcadas magníficas, algunas bambusáceas que entrelazaban su follaje. No tardamos en encontrar señales muy recientes de que el tigre habitaba aquella región de la montaña; lo que en ocasión más propicia, me habría hecho pensar bien del delicado gusto arquitectónico de la fiera, pues cualquier artista hubiera elegido aquel bellísimo lugar para erigir en él la morada de sus sueños. Mas, como en aquellos momentos mi ánimo no se sintiese dispuesto a ver bajo el punto de vista del arte las suntuosidades de aquel palacio, tuve por conveniente, y por muy razonable, colocarme en el centro de la comitiva, calculando que en el caso de que tuviésemos que trabar conocimiento con el propietario de tan hermosos dominios, tocaba a los que ocupaban los extremos hacerle los honores de su rango. En este orden comenzamos otra nueva subida en donde volvimos a encontrar rastros del terrible cuadrúpedo, por lo que llamamos aquel sitio *Nido del Tigre*.

Guiamos en seguida hacia otra eminencia que delante de nosotros se encontraba, y a las 2 y 10 minutos la montamos. La temperatura era allí de 83° (28°,3 C.) y teníamos ganados ya 8.175 pies (2.492 m.) Bien hubiéramos querido descansar en aquel paraje nuestros fatigados miembros, pero el amigo Goering nos advirtió el peligro que corríamos de ser molestados por las fieras, y resolvimos continuar, dejando eternizada nuestra gratitud por tan humanitaria advertencia, con el nombre que a aquel cerro dimos de *Punta de Goering*<sup>9</sup>.

Trescientos cuarenta pies más arriba encontramos el lecho seco de un lagunazo formado en el invierno por las aguas que se desprenden de la parte más alta de la montaña, y en donde crecía una paja suave y muy abundante que nos brindaba mullida cama para pasar la noche ya cercana, pues eran las 3 y 15 minutos cuando tomábamos posesión de aquel que por unanimidad de pareceres quedó elegido para nuestro campamento. La idea del próximo descanso para cuerpos que habían hecho la más incómoda jornada, hizo revivir en todos la alegría y se olvidaron los peligros y las fatigas para dar rienda suelta al contento, haciendo de las pasadas penalidades motivo de dichos felices y oportunidades espirituales que se

---

de Spence y que coincide aproximadamente con la que los actuales visitantes del Naiguatá suelen traficar, después de la extinción de la casa del mencionado Gómez, la cual estaba emplazada a 1860 metros de altitud.- A. J.

8. Están un tanto exageradas en el relato de Spence las dificultades que ofrece el pequeño y rocoso picacho de los Treinta y dos diablos que corona el estribo de La Luisa y cuya altura he encontrado ser de 2.350 metros sobre el mar. -A. J.

9. La llamada *Punta de Goering* es una eminencia del mismo estribo de La Luisa, sembrado de grandes rocas. Allí acampé en mi primera ascensión al Naiguatá, la tercera que se ha hecho, en la noche del 10 a 11 de abril de 1884. Su altura es de 2.460 metros sobre el mar. A. J.-



resolvían por una comunicativa hilaridad. Una grave cuestión vino a presentarse, sin embargo, arrojando sombras en todos los semblantes. El agua que nos restaba no era ni medianamente bastante para llegar hasta el Pico, ni siquiera para pasar la noche. La situación era por demás conflictiva: en lo adelante no había que contar con que encontrásemos una sola gota a tan inmensa altura y en una estación de verano como la que atravesamos; y en cuanto a la fuentecilla de donde nos habíamos provisto, era ocioso pensar en volver a ella desandando lo que con tanto trabajo habíamos ganado; y por lo que tocaba a devolvernos de aquel sitio, abandonando nuestra empresa tan cerca ya de su término, era punto que defendía obstinadamente nuestra inquebrantable determinación. Varios fueron los pareceres en esta oportunidad, conviniendo todos en que era gran calamidad la que se nos presentaba; solo el amigo Lisboa permanecía tranquilo, asegurando que para él no era grande mortificación pasar hasta un día sin tomar agua, propiedad que todos envidiamos en aquel momento, pero que le valió sin embargo que le declarásemos sin voz ni voto en la deliberación. Ocurrióseme en este apuro mandar a algunos de nuestros peones en busca de agua, lo que pude conseguir de ellos mezclando a los más calurosos elogios, las persuasivas razones de libras esterlinas. Partieron tres de ellos en dirección de la *Fuente de la Vida*, como convinimos en llamar a aquella que ya he mencionado, prometiéndonos estar de vuelta a la mañana del siguiente día; y con esta esperanza nos entregamos a devorar una deliciosa comida en que figuraban en primer término esos deliciosos pasteles que aquí se conocen con el nombre de hallacas. Siempre he gustado con placer, desde mi llegada a Venezuela, de esta feliz combinación culinaria del país, pero en aquella tarde hubiera deseado saber quien fué el afortunado inventor de tan excelente manjar y tenerle a la mano para adjudicarle un abrazo y el premio Monthion de mi empeñada gratitud.

Hecha poco después la recolección de la leña y malezas que habían de alimentar las fogatas por la noche para librarnos de los rigores del frío, y antes que todo, para alejar las probabilidades de una visita extemporánea del rey de aquellas selvas, nos dimos a la entretenida ocupación de examinar nuestros dominios. Enormes masas de rocas, colocadas en ese desorden peculiar a la naturaleza, que en caprichosas líneas despliega la variedad o la armonía, formaban ya baluartes, ya galerías, ya bastiones o recintos como nuestro campamento, ya terrados desde donde la vista podía perseguir las lejanas fajas de horizontes extensísimos. Uno que otro arbolillo ensayaba a vivir allí con la humildad de un huésped exótico, y menguados arbustos parecían luchar con la tisis de aquella vegetación. Mas al llegar ésta al orden de las yerbas, se ensanchaba y enriquecía, presentando a nuestros ojos admirados de tan raro contraste, todos los colores del iris en sus flores embalsamadas y de una variedad que competía con su belleza.

Montados sobre una de las más elevadas de aquellas rocas, comenzamos a tomar notas unos, a dibujar otros, y a pintar Bolet, mientras que Terrero se ocupaba en herborizar. Eran las seis y media de la tarde. El espectáculo que nos rodeaba tenía tal grandeza y solemnidad, que arrobado el espíritu se abstraía en el éxtasis de la contemplación. Por el Sur, los valles y montes no formaban sino una irregular llanura, y allá tras de las últimas colinas, la reverberación de la atmósfera dejaba adivinar los llanos. Hacia el Norte, y como a mil quinientos pies sobre nosotros, veíase, por un efecto de óptica, la fila de la cordillera extendida como una interminable cortina artísticamente plegada a trechos; al Este, el soberbio *Pico de Naiguatá*, alzándose majestuoso, parecía huir de nosotros como una visión de las leyendas que arrebatan la fantasía; estrechando el horizonte por el Oeste la

Silla de Caracas las montañas de Aragua. Elevábanse ya algunas brumas hacia la Silla; y la Cordillera, hundiéndose a su derecha, dejaba una abra como de quinientos metros por donde veíamos el mar. El sol, antes de quitar completamente su luz a las faldas de la Silla, hizo descender sus rayos a través de la niebla con ese precioso juego de claridad y sombras en que Rembrandt halló el secreto de los prodigiosos efectos que han inmortalizado sus celebradas pinturas.

Caía va el sol sobre la línea del horizonte marítimo que divisábamos por entre el abra: nosotros estábamos en la sombra y veíamos en silencio aquel hermoso globo despojado ya de sus rayos, teñido en purísima púrpura, sin celajes a su derredor y luciendo una especie de corona o cúpula que servía de apéndice a su esfera. A proporción que se hundía en las azuladas aguas, la atmósfera que le rodeaba aparecía con mayor limpieza; la corona se extendía perdiéndose en el círculo; el globo cambiaba su purpúreo color por un bello carmesí y meridianos negros, verdes y azules le ceñían simétricamente. Poco a poco fué desapareciendo, hasta que al fin las sombras de la noche borraron de sobre la faz de las aguas la faja de encendido rubí con que las había teñido el sol al sumergirse en sus ondas. En este momento se alzaba a nuestras espaldas la luna iluminando con su pálida luz la cima de los cerros, dando al océano el aspecto de una inmensa lámina de bruñido acero.

El pincel de Bolet, arrebatado por lo grandioso del asunto, corría presuroso en el papel, aprovechando los últimos resplandores del sol para perpetuar aquella escena.

A las 7 de la noche el termómetro bajó a 54 grados (12°,2 C.) marcando el barómetro 8.4550 pies (2.575 m.)<sup>10</sup> El cielo estaba hermoso; el aire puro, y todo convidaba a gozar de tan bella noche. Encendidas las fogatas, se hizo un poco de ponche y comenzó una serie de representaciones cómicas y líricas en que cada cual mostró el más excelente humor y las más descollantes aptitudes, terminando con el baile de los osos, pantomima que ejecutaron nuestros dos artistas con tal donaire, que arrancó del público prolongados y estrepitosos aplausos. El termómetro marcaba a las ocho 50 grados (10°0 C.) para la temperatura y 52 en el agua (11,°1 C.).

Acomodado cada uno como pudo, en su respectivo lecho de paja, recostada la cabeza en ingratas almohadas de piedra, y envueltos con mantas y cobijas, nos rendimos al cansancio y al sueño sin que nadie se resolviese a velar el primero, como lo teníamos convenido, para mantener encendidas las fogatas y para precaver un ataque de las fieras.

La inspiración del arte, que no da treguas al espíritu ni deja reposar la materia cuando se apodera de la mente del artista, mantuvo sin embargo, despierto a nuestro amigo Bolet,

---

10. Este lagunazo seco, uno de los mayores, si nó el mayor del Naiguatá, se halla 75 metros debajo de la fila maestra y se extiende a todo largo de las cabeceras de Galindo, entre los estribos de La Luisa y Capachal. Es un sitio magnífico para acampar porque se halla abrigado al Norte por los picachos de la fila maestra y al Sur por un cordón de grandes rocas. El sitio en que se acampó Spence se halla cerca del extremo occidental a 2.515 metros sobre el nivel del mar, según resulta de mis observaciones barométricas y es el mismo que he escogido para pernoctar en una ascensión que efectúe en agosto de 1914 en compañía del entonces Ministro del Imperio alemán señor von Prollius. (Véase *El Cojo Ilustrado*, correspondiente al 1° de setiembre de 1914).- A.J.

mientras que trasladaba a su cartera de pintor aquella escena nocturna, cuyo bosquejo le ha servido luego para una bellísima pintura.

A las seis de la mañana del siguiente día, nos fuimos levantando en medio de ayes y lamentos que nos arrancaban los dolores de nuestros cuerpos mortificados por la fatiga y por un frío de 43 grados (6°,1 C.). El rocío había sido copioso y su humedad había pasado un tanto nuestros abrigos; teníamos los miembros helados pero el corazón latía con el ardor de la esperanza de un éxito cercano.

Media hora después oímos abajo los gritos de los peones que llegaban con el agua. Contestámosles con vítores y hurras y saludamos el precioso liquido con una salva real de dos fusilazos cuyos ecos se perdieron repitiéndose sucesivamente en las concavidades de la montaña. A poco rato hervía el café en una cacerola, el cual tomamos más comido que bebido, pues avaro el improvisado cocinero de agua que con tanta ansiedad habíamos aguardado, hizo una especie de crema, que no obstante nos supo bastante bien y contribuyó a restablecer la franca circulación de nuestra sangre.

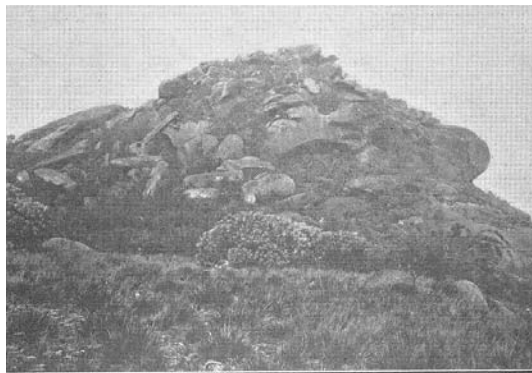
A las 7 y 15 minutos emprendimos nuestra marcha llevando una pequeña garrafa y algunos frascos con agua, pues el resto de esta, con las provisiones, frazadas y todo aquello que no consideramos de inmediata utilidad, lo dejamos a cargo de dos peones que para el efecto quedaron en el campamento con órdenes de esperar nuestro regreso; precaución que si bien nos dejaba un tanto más expeditos para la subida, fué causa de que sufriésemos nuevas y más terribles penalidades.

Durante treinta y cinco minutos de una marcha que hacía por demás tortuosa la falta absoluta de camino y la necesidad de buscar rodeos a los obstáculos que a cada paso presentaba el terreno, estuvimos observando que la vegetación se agotaba cuanto más subíamos, aunque sin perder su carácter; el cuarzo se hacía abundante, y enormes masas de rocas aisladas acá y allá, cortaban el espacio en fantásticas y caprichosas líneas. Al cabo de este tiempo, alcanzamos la cumbre de una de las eminencias en que se divide el cerro de Naiguatá, y al dilatarse nuestra vista hacia el Norte, nuestros espíritus se sintieron sobrecogidos con ese pasmo que produce siempre el espectáculo de lo sublime, y que en otras proporciones debió experimentar Núñez de Balboa al descubrir desde la cima de los Andes las orillas del Pacífico.

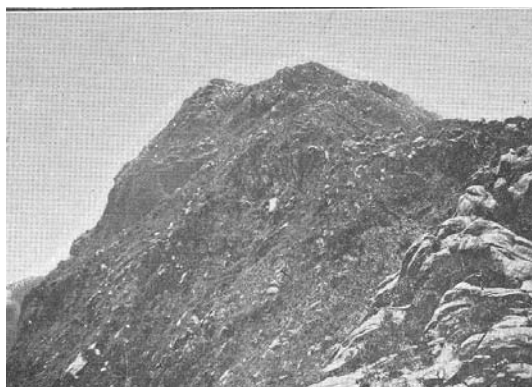
Mostrábase el mar como un espléndido tapiz suspendido del cielo aparentemente cóncavo, y el horizonte trazaba su línea casi por nuestras cabezas. El aspecto del océano, sombrío, profundo, opaco, casi incoloro, hacia experimentar ese sentimiento de instintiva repulsión que despierta en nuestra alma la mirada fría, impasible, fascinadora de ciertos ojos a través de los cuales se adivinan mil tempestades ocultas. A nuestros pies la espuma se deshacía apaciblemente en las amarillas arenas del Cabo Blanco, Juan Díaz y demás lugares de la costa.

En el pico en que nos encontrábamos pisábamos un terreno compuesto de sílice y cal, y la vegetación era allí de arbustos, que aunque abundantes, aparecían tristes, sin que pasasen de cuatro las familias que formaban aquella mancha vegetal.

La parte de este pico que da sobre el mar está tan perpendicularmente cortada que no puede verse para abajo sin sentirse desvanecer por un vértigo tenebroso, y casi todos sus alrededores están sembrados de zanjas, cavernas y grietas profundas sobre las cuales han caído grandes piedras que forman puentes naturales, ostentándose por donde quiera ese sello de admirable desorden que formidables cataclismos han impreso en distintos lugares del globo.



El Balcón (2.720 m) del lado Este  
Foto. Alfredo Jahn.



Penúltimo Pico (2737 m) y Balcón (2720 m)  
con el precipicio del Noroeste, desde la Fila  
Foto. Alfredo Jahn.

Descendimos de este pico, cuya elevación es de 8.795 pies (2.680 m.)<sup>11</sup> sobre el nivel del mar, y nos dirigimos hacia el que le seguía. Al llegar al pie de unas enormes rocas de gneiss que el tiempo ha bruñido y ennegrecido la intemperie, comenzamos resueltamente a subir esta nueva altura. Los distintos y aislados trozos en que se parte su orgullosa cresta figuran las desnudas almenas de un viejo torreón. Ninguna planta había podido agarrarse a sus inhospitalarios flancos que se niegan a fecundar toda simiente, y que calentados por los rayos del sol deben arrojar un excesivo calor.

---

11. La altura exacta de esta primera cumbre de la fila de Naiguatá es 2.590 metros sobre el mar.-A. J.

Poco antes de este punto, nos detuvimos a examinar una piedra de considerables dimensiones sobre cuya superficie aparecía tallado un geroglífico que atribuimos a los primitivos habitantes de esta sección de la América, y cuya forma es la de un reptil que trata de morderse la cola, o de un botecillo con sus dos proas suspendidas. Su tamaño no pasa de un pie. Apresurámonos a copiar esta curiosa señal, que bien puede indicar la dirección de un camino al mar, una fecha, un acontecimiento o quizá una tumba.

No sin gran trabajo logramos trepar a la cúspide de esta eminencia, que como la anterior, no permitía que se la flanquease por ningún lado, ya por lo fragoso del terreno, ya porque la cordillera no se estriba en la altura, estando sus más elevados contrafuertes como a 300 pies (90 m.) más abajo de la fila; y algunos, como el del lado N. O. del Naiguatá a cuatro mil pies. Es mi creencia que el solo camino por donde es accesible aquel elevado pico es el del espinazo de la cordillera que era el que nosotros seguíamos, donde las rocas, ásperas como una lima, ofrecen apoyo suficiente en esta peligrosa ascensión. Estando aún en la cumbre oímos doce cañonazos disparados por un buque de guerra español que saludaba el puerto de La Guaira, y cuyas detonaciones llegaban distintamente hasta nosotros.

A la bajada de este pico, una gran piedra caída sobre el abismo que se abría en una de las soluciones de continuidad tan frecuentes en aquella parte del terreno, nos presentó un maravilloso puente natural, que asentado en su extremo opuesto sobre otro pedazo de roca en forma de un violento plano inclinado, obligaba, para salvarlo, a dar un gran salto. En vano estimulé a los guías que en ese instante estaban a mi lado, para que se adelantasen en tan arriesgado paso; estos se negaron obstinadamente, siendo necesario que yo les diese el ejemplo a las voces de ¡Victoria o muerte! con que me lancé al lado opuesto, en donde tomé pie sano y salvo en medio de los hurras de los compañeros que en ese momento llegaban al lugar de la escena, al cual dimos el nombre de *Puente del Salto*. Practicada esta misma operación por todos, llegamos después de poco tiempo de camino al pie de un nuevo pico que tuvimos por el que era objeto de nuestra expedición; y la esperanza de llegar a su cima desapareció de nuestros ánimos, pues no se notaba punto alguno en donde tuviésemos apoyo para alcanzarlo. Largo tiempo estuvimos irresolutos, hasta que descubrimos un escarpado que en su parte superior remataba en una especie de escalón, y que un poco de vegetación que crecía en sus grietas ofrecía suficiente resistencia a nuestros pies, en tanto que con los bastones podíamos practicar excavaciones en la pared para seguir trepando. Aventurámonos por allí, y ya por este medio, ya agarrándonos a una cuerda que uno de los guías, más ágil o más diestro que nosotros, nos arrojaba desde arriba, coronamos esta altura a las 9 y 3 minutos, con una temperatura de 72 grados (22°,2 C.), señalando el barómetro 9.340 pies (2.847 m.)<sup>12</sup> Pudimos desde allí darnos cuenta de nuestro error, pues el Gran Pico se elevaba delante de nosotros después de algunas otras eminencias que debíamos ganar antes de llegar a él; trabajo que nos abreviaba en mucho la configuración del que ocupábamos, puesto que en vez de formar como los otros, un promontorio casi aislado, sirve de apoyo al que le sigue, que a su vez se desarrolla hacia al Este en forma de una

---

12. Este pico, que en mis notas de viaje figura con el nombre de penúltimo pico o cima occidental de Naiguatá, dista unos 300 metros de la cima principal y tiene, según mi nivelación trigonométrica, una altura absoluta de 2.737 metros. Se apoya por el Norte en otra cumbre menor que corresponde al punto que Spence designó con el nombre de *El Balcón*, formado de grandes rocas, algunas de las cuales avanzan sobre un precipicio de 500 a 600 metros de alto que da sobre las cabeceras del río de Cerrogrande, cuyas aguas corren al mar.-A. J.

aguda cuchilla cuyo filo deja apenas un estrecho paso flanqueado de parte y parte por las más temerosas profundidades.

En el punto más elevado, las rocas forman tres bases de columnas perfectamente redondeadas, de pie y medio de diámetro y de más de un metro de altura, que desde lejos se ven como los restos de un templo derruido. “Muy fácil es para el que sube por primera vez creerse, ya en este pico, en el término del viaje; pero basta ver con atención el pico que se destaca delante para conocer a la simple vista que tiene una elevación mayor, constante, nada menos, que de 90 pies (27,5 m.)



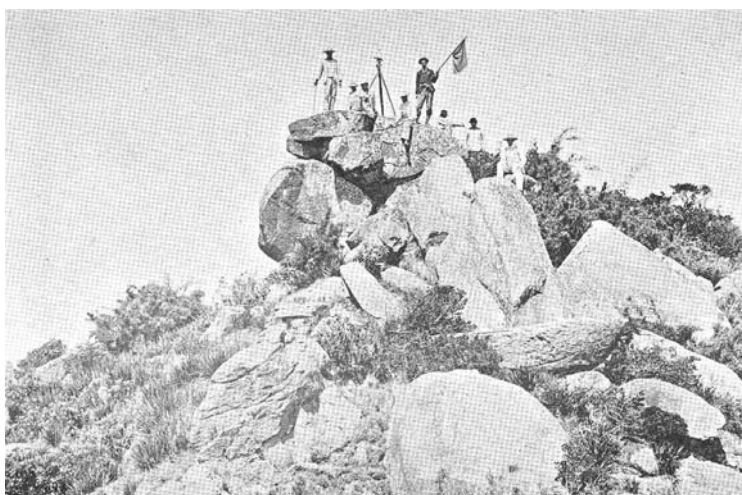
El Pico de Naiquatá (2765 m) desde el Penúltimo Pico (2737 m) Lado del Oeste

Una detonación de fusil nos anunció que el Doctor Vaamonde acababa de dar muerte a un *cachicamo* que al parecer recorría la fila en solicitud de alimento, sin gran provecho por cierto, pues el infeliz animal estaba sumamente flaco. Nuestros amigos Terrero y Goering paseaban el campo recogiendo plantas, justamente maravillados de la variedad con que allí se prodigaban.

Era ciertamente de notarse como raro, que la vegetación, que gradualmente había ido tomando las formas, calidades y condiciones que señala la geografía de las plantas a las que viven en las regiones en donde la temperatura es sumamente baja, cambiaba totalmente desde este lugar hasta la cúspide misma del Naiguatá. La capa vegetal, arrastrada por las lluvias hasta las planicies que se abren entre roca y roca, guarecida de los vientos y fecundada por los rayos del sol, ha brotado allí una vegetación que puede decirse exótica, donde se ven hermosas gramíneas, cardos y otras muchas plantas que crecen a tres mil pies más abajo. Parece que por una rara combinación atmosférica cuyo secreto pudiera ser estudiado con provecho por la ciencia, se ha formado en aquel paraje una temperatura igual a la que artificialmente se obtiene en los invernaderos.

Siguiendo por la estrecha fila, que en sus partes más anchas apenas mide tres pies, llegamos a un sitio que denominamos *El Balcón*, pues la piedra sobre que caminábamos se avanza un poco hacia el precipicio y tiene a sus lados otras dos que dejan en el medio una abertura corno de tres metros. Luego que nos hubimos acostumbrado a la vista del abismo, sentados

en aquel lugar contemplamos lo fantástico de cuanto nos rodeaba. Corno ochocientos pies más delante de nosotros, el estribo de la cadena que seguíamos se rompía repentinamente, tornando las piedras superiores, a favor de la luz y de sus propios lineamientos, la apariencia de una Esfinge, tan acabada, que dió motivo a Bolet para trazar el bosquejo de uno de los más bellos cuadros de la expedición. Velase a la derecha y como a 400 metros en línea recta, la aguja de Naiguatá, cuyos flancos, cortados a pico hacia el N. y N. O. apenas si de vez en cuando mostraban algún musgo o líquenes que nacían entre las junturas de las rocas; y a nuestra izquierda se divisaban los montes de la *Colonia Tovar* y el puerto de La Guaira, en cuyas aguas se veían fondeados dos vapores de guerra. Escogido este punto por Bolet para tomar la vista del majestuoso Pico, con su gran pared perpendicular como de dos mil pies y sus débiles estribos que van a morir en la costa, nos detuvimos allí mientras él trasladaba al papel todo el atractivo horror de aquella perspectiva.



La cima del Naiguatá (2765 m) por el lado Este  
Foto de A. Jahn. Marzo 20, 1897.

Comenzamos a bajar para subir luego al otro pico que quedaba ante nosotros y en este trayecto el señor Hübel llamó nuestra atención sobre una especie de laguna seca en donde las materias vegetales en fermentación, habían dado lugar a la formación de una materia que él dijo ser turba, aunque en estado muy imperfecto<sup>13</sup>.

La misma maniobra que antes habíamos puesto en práctica para ascender en los lugares escarpados, y que consistía en hacer con los machetes y bastones mecinales para asentar los pies, la empleamos para subir hasta la cima de esta altura, en cuyo punto nos detuvimos para tomar aliento. Estábamos en presencia de un hecho geológico de que la ciencia tiene ya nota, pero cuya importancia queda una vez más confirmada en el presente caso. Todas las rocas se precipitan allí hacia el N. N. E., y en su generalidad tienen encima una gran piedra cuyas dos terceras partes se avanzan al espacio como si fuesen ya a precipitarse si no las contuviese el mecanismo natural de su superposición que forma al mismo tiempo

---

13. La turba es un combustible fósil compuesto de residuos vegetales acumulados en los lugares pantanosos. Entre sus componentes existen algunas plantas contemporáneas de las cuales es la más característica un musgo del género *Sphagnum*. Este musgo forma masas acolchonadas de color blanco, rojizo o moreno que absorben y conservan el agua, en tanto que sobre sus tallos y raíces se aglomeran sustancias orgánicas carbonizadas. En las lagunas, ciénegas y sitios húmedos de la Silla y Naiguatá está representado este musgo por el *Sphagnum meridense*.-A. J.

espaciosas grutas; y como las vertientes de la cordillera son más extensas, rápidas y escarpadas en la misma dirección, puede suponerse por tanto, que la gran erupción que dió tipo a esta parte de la cordillera, se verificó en el sentido indicado de N. N. E., y que a ser cierto lo que se me ha dicho por varias personas, que los temblores que se sienten

en Caracas con alguna frecuencia, siguen este mismo rumbo, es de deducir que las fuerzas interiores se han abierto hace tiempo espacio suficiente para recorrer la extensión de su impulso, haciendo por lo tanto, que no exista motivo para temer una erupción volcánica en esta parte de la cordillera. Creo que los hombres de ciencia tienen en este punto campo fecundo para nuevas y provechosas observaciones.

Varias y singulares son las formas que allí tienen las rocas; ora parecen paredes adoquinadas con esmero, ora tienen el aspecto de columnas coronadas por turbantes como se ven en los cementerios musulmanes; las hay que pudieran confundirse con hermosos sillones y sofás, más entre todas llama la atención una gran media luna perfectamente cincelada, cuyo dibujo nos apresuramos todos a trazar en nuestras carteras.

Con grandes dificultades descendimos a un vallecito cuyo fondo parece que lo llenan las aguas en el invierno, pues todavía encontramos en la tierra gran humedad y aun plantas que viven también en el agua, según aseguró el Dr. Vaamonde. En el término de la vertiente descubrió Terrero una espaciosa cueva en que la luz del medio día penetraba dulcemente, y a cuyo alrededor crecían con profusión algunas gramíneas que tenían adherida en sus ramas una especie de goma bastante desagradable al contacto<sup>14</sup>.

Después de mil vueltas que nos obligó a hacer lo irregular del terreno, logramos la cresta del penúltimo pico, no árida y pedregosa como la anterior, sino llena de verdura. La aguja del Naiguatá distaba de aquí solo unos trescientos pies, y la vegetación en lujosa abundancia escalaba la misma cima, haciendo olvidar la distancia que nos separaba de la habitación de los hombres. Era un jardín en que la diversidad y color de sus flores y la frescura del suelo desafiaban los rayos del sol y los cambios de la atmósfera. Llenos de entusiasmo a la vista del próximo término de nuestras investigaciones y afanes, nuestras fuerzas cobraron el vigor necesario para descender en pocos minutos al hondo valle; lo atravesamos apresuradamente, internándonos luego en aquel florido vergel bajo cuya sombra íbamos a llegar al logro de nuestra aventurada empresa. Era tan pendiente la subida, que a pesar del apoyo que en los arbustos encontrábamos, nos vimos precisados a tomar algunos instantes de reposo, bebiendo con recomendable temperancia y en homeopática distribución, algunas gotas de brandi aguado para calmar la sed que la fatiga de la marcha y el calor aumentaban por grados en nuestras entrañas.

---

14. Este vallecito, que desagua hacia el mar, demora al pie del pico final que lo domina al Este, estando cerrado del lado Sur por los picachos rocallosos que unen las dos cimas últimas del Naiguatá y al Oeste por el penúltimo pico y las redondeadas moles del Balcón. Su fondo situado a 2.704 metros sobre el mar, alberga pequeñas lagunas originadas por las aguas de lluvias y que a veces se conservan hasta en la época del verano. Es un sitio preferido por los excursionistas para pasar la noche, tanto por la cercanía del agua, como porque las cavidades que existen entre las grandes masas de roca constituyen un seguro albergue, de donde en 15 minutos de ascenso se alcanza la cima de la montaña, elevada 61 metros sobre la laguna.- A. J.



Tal como un grupo de guerreros que escalando impetuosos una torre, más que en las manos y los pies están sostenidos por el equilibrio, y alumbrados por la gloria, la muerte les sonrío; así nosotros, arrebatados violentamente por nuestro entusiasmo, nos dirigimos hacia la próxima aguja.

Diez minutos después, aquellos senos sin ecos ondularon al grito de ¡hurra por Naiguatá!

Nuestras plantas hollaban, las primeras, la aguda cima del soberbio pico, una de las más grandes alturas cercanas al océano!

Eran las 11, 41 minutos y 10 segundos de la mañana del 23 de abril. El barómetro señaló la elevación, y todos nos apresuramos a asentarla en nuestras carteras: nueve mil cuatrocientos treinta pies sobre el nivel del mar! (2.874 m.)

Una diferencia de 597 pies (182 m.) respecto de la Silla, cuya altura estimé en mi viaje a su cima en 8.833 pies (2.692 m.) valiéndose del mismo barómetro que he empleado en esta excursión<sup>15</sup>.

Sentados sobre las piedras que coronan la cúspide, recorrimos con la vista, ayudada del binóculo, aquel magnífico panorama. A nuestro frente el empañado cristal del mar subía hasta empatarse con el cielo a mayor altura que el Naiguatá, distinguiéndose aun a la simple vista los grupos de islas de los Roques y la Orchila, como engarzadas en el firmamento. A la derecha, la cadena de montañas, bajándose repentinamente a nuestros pies y abatiéndose más y más, confundíase al fin con las selvas que van hasta el Unare. -Al Este y Sur los valles de Caracas y del Tuy se perdían entre las mil arrugas de sus cerros, apareciendo éstos como simples ondulaciones del terreno que se unía al Oeste en las serranías de Aragua. Las poblaciones se alcanzaban a ver como puntos blancos, así por la distancia, como porque el terreno las ocultaba en parte. Por el Noroeste el Ávila bloqueaba el horizonte y sus estribos marítimos se confundían con los montes de la Colonia<sup>16</sup>.

---

15. La altura del Pico de Naiguatá, trigonométricamente determinada por mí, valiéndome de una base de 3.240 metros de longitud, entre el poste central del Observatorio Cajigal y la cumbre principal de las colinas al Norte de Valle-abajo, resultó 2.764,3 metros sobre el nivel del mar. Apoyándome en la base Volcán-Esperanza del Mapa Físico y Político, cuya longitud es de 8.528 metros, obtuve para el mismo Pico 2.764,7 metros. El promedio de estas dos alturas, 2.764,5 concuerda admirablemente con la cota 2.764,56 de la nivelación taquimétrica que mi inolvidable amigo, doctor J. M. Escobar Ll., practicó cuidadosamente desde el Observatorio Cajigal hasta aquel punto culminante de nuestra Cordillera costanera. He redondeado mi cota a 2.765 metros que equivalen a 9.071 pies ingleses y pueden considerarse como altura definitiva del Pico de Naiguatá. Para el Pico oriental de la Silla dieron mis operaciones trigonométricas, con las mismas bases, 2.639,5 metros de altura sobre el mar, que he redondeado a 2.640, de suerte que la diferencia entre este y el de Naiguatá es de 125 metros, valor que concuerda igualmente bien con el que arroja la nivelación de Escobar, esto es: 125,1 metros.

La distancia entre La Silla y el Pico de Naiguatá resultó de 6.190 metros por resolución de un triángulo que formé con estas dos cimas y mi estación de la colina de Valle-abajo.

16. Debe referirse a la Silla que queda al Oeste, no al Noroeste, y oculta el Ávila y demás montañas que demoran frente a Caracas por el Norte.- A. J.

Después de pasear la vista por tan inmenso espacio, entramos a considerar el punto en que estábamos situados.

La aguja del Naiguatá debe la forma aguda con que se distingue, no sólo a su considerable elevación, sino también a la estrechez de su cúspide que sólo cuenta ocho piedras, la mayor de dos metros de extensión, siendo el tamaño de la plataforma, de seis a siete metros de largo por dos y medio o tres de ancho. Desciende al N. O. suavemente algunos doscientos metros para cortarse a pico repentinamente desde allí en una altura de más de mil metros, apoyándose luego en estribos cortos que bajan al mar acantilados. Por el N. y el N. E. baja en un declive muy fuerte formando en el mar un cabo; en tierra, la continuación de la serranía. En rumbos del Este y Sur se pierde en horribles precipicios y en elevados, frágiles y múltiples apoyos. Al S. O., por donde hablamos subido, baja a un alto valle, y de allí, rebotando por encima de seis promontorios, y descendiendo más y más, concluye en un pico tras del cual asoma la Silla su calva cima. Las vertientes del cono en que estábamos las cubre una abundante vegetación en que buscamos en vano muchas de las plantas que crecen sin embargo más abajo.

Cerca de una de las piedras del pico tomé varias plantas, y algunas ramas de una bellísima gramínea cuyo examen ha hecho después bondadosamente el Dr. Ernst, resultando ser una especie completamente nueva a que ha dado el nombre de *Chusquea Spencei*.

Era tal la fuerza de los rayos solares, que nos llamó la atención por lo que nos mortificaba su excesivo calor, atribuyéndolo a la rarefacción del aire, circunstancia que nos impidió aumentar mucho más nuestras apuntaciones. El termómetro marcaba 82 grados (27°,8 C.) a las 12 y 12 minutos.

Queriendo perpetuar el testimonio de nuestra proeza, hice levantar con los peones y sirvientes, un promontorio de piedras, sobre el cual fijé un pañuelo con mis iniciales atado a mi bastón, a guisa de bandera, y en una caja de hojalata en que nuestro amigo Goering llevaba los fulminantes de su escopeta, colocamos un papel en que estaban escritas nuestras firmas, la que depositamos al pie de la bandera, protegida por una de las piedras del promontorio.

Acosados por la sed que crecía con el calor y con la vista de la escasísima cantidad de agua que nos restaba, resolvimos emprender la bajada a las 12 y 30 minutos. Mis compañeros estaban muy fatigados, pero yo estaba consumido. En todo el día no había tomado sino dos o tres onzas de pan de maíz: poseído del arrebató del que persigue un resultado, casi me había olvidado de mí mismo; conseguido el objeto, obtenido el éxito, el espíritu, cuya tensión mantenía con vigor la materia, se replegó dejando al cuerpo en toda la miseria de su flaqueza. A veces me dejaba caer, sin fuerzas, anonadado; y confiado tan sólo en la bondad de mis amigos que no me abandonarían en aquel trance, les hacía detener para aguardar a que mis miembros fuesen capaces de un nuevo esfuerzo. El poquísimos líquido, mezcla de brandi y agua que nos quedaba, lo distribuíamos por raciones de gotas con que mojábamos nuestros ardientes labios, mezquino consuelo que teníamos que demandar de minuto a minuto.

Concluida del todo el agua, un profundo silencio reinó en la comitiva; sólo se oía la jadeante respiración que exhalaban nuestros pechos; y ni podíamos hablar porque nuestra lengua, seca y áspera, nos estorbaba entre la boca como si fuese un cuerpo extraño en ella.

De repente Bolet se acuerda de que en su avío de pintor lleva el frasco de agua que le sirve para mojar sus pinceles; acércase a mí lleno de satisfacción, me aplica a los labios el liquido, y a pesar de la espantosa sed que me devoraba, no puedo tragarlo. El frasco había sido pintado días antes, y la trementina se había mezclado con el agua!

De vez en cuando, y al pasarlas nieblas viajeras por junto a nosotros, abríamos nuestros labios y aspirábamos su ténue vapor que refrescaba nuestros pulmones, pero la sed irritada hacía de nuevo latir nuestras sienas; flaqueábannos las piernas, y una sólo idea bullía en nuestro agitado cerebro: al campamento para beber agua. Salvónos de extraviarnos, y acaso también de morir, la prudencia de Pío Berroterán, pues uno de los peones, con esa rústica simpleza tan natural en los hombres de su condición, pretendió dirigir la vuelta, dándose por hábil táctico o experto conocedor, y con empeño singular pretendía llevarnos al abismo. Hizole conocer Berroterán el peligroso error en que estaba, y tomó bajo su responsabilidad la dirección del regreso.

Rápidamente bajábamos dejándonos rodar más bien que dirigiendo nuestros movimientos, y sin embargo, a mí me parecía que no acabaríamos jamás por llegar al campamento, tanto era el ansia que de ello experimentaba. Deseando oír de alguna boca una esperanza de pronto arribo al suspirado sitio donde nos aguardaba el agua, es decir, la vida, me dirigí a uno de los peones en cuyo brazo me apoyaba con frecuencia para no caer, preguntándole si aún quedaba muy lejos aquel lugar, a lo que me contestó con ese sempiterno *aquí mismo*, que equivale en los labios de los campesinos, a la más atroz ironía, y cuya desconsoladora significación había tenido ya oportunidad de conocer en mis viajes por Barcelona, Valles de Aragua y el Tuy.

Por fin, a las 3 y media p. m. divisamos el campamento como un oasis, y redoblando nuestro paso llegamos a él en pocos instantes.

Agua! agua! gritaron todos, menos yo, que solo pude articular un sonido ronco sin expresión; y ávidos, desesperados, tomó cada cual una garrafa, un frasco, una botella...

Estaban vacíos!

Se gastó en las caraotas, dijo tranquilamente uno de aquellos tigres humanos que bajo la forma de celosos guardianes de nuestro tesoro habíamos dejado allí y ante cuya bestialidad acaso hubieran huido las fieras que habitan aquellas selvas.

Las más horribles ideas atravesaron mi cerebro entre oleadas de sangre; un velo rojo cubrió mi vista, zumbáronme los oídos y mi lengua ensayó traducir las mil formas en que bullía mi indignación.

Caí anonadado en el suelo.

Un grito de alegría fué lanzado por alguien que había encontrado una vasija con un poco de agua; la acercaron a mis labios, y un chorro delicioso calmó un tanto el fuego que devoraba mis entrañas.

Mis amigos querían dejar al instante el campamento, pero yo me hallaba absolutamente imposibilitado para la marcha. Pedí que retardásemos unos momentos nuestra partida, y aproveché este tiempo para entregarme a un sueño reparador, que restableció mis fuerzas hasta el extremo de que ya podía, aunque con dificultad, seguir caminando. Al despertar, exigí un poco de agua; dijéronme que se había agotado por completo; y como viese cerca de mí un plato lleno con las fatales *caraoas* que habían medio cocido los peones, me arrojé sobre él, y a pesar del poco menos que asqueroso aspecto que ofrecía a mi vista, escurrí en mis labios hasta la última gota de tan estrafalario potaje, que mi paladar gustó como del más exquisito licor.

Corridos los peones de su conducta, convinieron en adelantarse en busca de agua, con la que debían encontrarnos en el camino; y algún tiempo después de su partida, a las 4, abandonamos el campamento y emprendimos un furioso descenso, salvando en solo media hora el trayecto que existe entre el punto que dejábamos y el *cerro de los treinta y dos diablos*, a cuyo pie encontramos a los peones que subían con el agua. Un siglo nos pareció el tiempo que cada uno empleaba en tomar, a pico de garrafa, su respectivo lote, dándonos vigor suficiente tan oportuno auxilio, para dejarnos rodar por la rápida pendiente que hacia inútiles nuestros pies, lo que daba a la escena un carácter grotesco que no dejó de provocar en nosotros mismos la más contagiosa hilaridad.

Nuestro amigo Lisboa, naturaleza infatigable y de una resistencia increíble, se nos había adelantado desde nuestra salida del campamento, y advertido de ello, no faltó quien en medio del chiste que comenzaba ya a desatar todas las lenguas manifestase los más serios temores de que un hombre que podía resistir tan largo tiempo sin beber agua, (como el día anterior nos lo había manifestado) debería por fuerza agotar de una sola dosis la única fuente a donde en breve debíamos llegar.

Bien sea porque se tomase en serio este temor, o ya porque la excesiva pendiente de la cuesta nos empujase con mayor celeridad, fué el caso que ya no rodábamos sino rebotábamos de piedra en piedra con una violencia arrebatadora.

A las 5 y 5 minutos llegamos a la *Fuente de la Vida*. Allí se deslizaba aun la limpia corriente, como para atestiguar que nuestro temor respecto al amigo Lisboa no era fundado; y en sus aguas puras dejamos la especie de máscara con que el polvo y el carbón de los arbustos quemados nos hacía horribles aun a nuestros propios ojos.

Prosiguiendo nuestro camino llegamos a la Soledad en momentos que eran las 6 y 25 minutos. Aquí tomamos todas nuestras mulas, excepto Lisboa, que habiendo dado órdenes el día anterior para hacer regresar su bestia, siguió a pie hasta su casa de Sabana Grande, a donde llegó mucho antes que nosotros, dando así una prueba de fortaleza extraordinaria que solo puede compararse con la que su señor padre desplegó en un viaje que hizo a la Silla, y en que subió y regresó en un mismo día a Caracas, en la época en que desempeñaba la Legación del Brasil en esta capital, en cuya sociedad dejó finos recuerdos por sus bellas

cualidades, que yo, amigo de su estimable hijo, me complazco en oír encomiar por las personas que le conocieron y trataron.

Alumbrados por las claridades de una noche serena y hermosa llegamos a eso de las 7 a *Cerro Duarte*, en donde nos recibió la esposa de Berroterán con muestras de la más grande satisfacción al ver que regresábamos sin ninguna novedad en nuestra salud. Tomamos una modesta pero abundante cena que sazonó ricamente la bondad de nuestros anfitriones y el apetito que en nosotros se había desarrollado con furor. Eché de ver allí que mi sirviente no llevaba ya las plantas que le había confiado desde la cima del Naiguatá, y amenazándole con despedirle de mi servicio, le obligué a regresar en su solicitud, pues veía como grave cosa que se perdiesen aquellos ejemplares recogidos con tanto ahínco como trabajo, y entre los cuales se encontraban las únicas ramas que traíamos de la *Chusquea Spencei*.

Despedímonos con cordialidad del excelente Berroterán y de su digna esposa, y gozando del placer de ser llevados por ajenos pies cuando los nuestros estaban imposibilitados de hacerlo, llegamos a los *Dos Caminos* a las 10 y 5 minutos. Poco después, a las 11 y 20 minutos, penetrábamos en la casa de Lisboa en Sabana Grande, a quien encontramos descansando ya, pues hacía rato que había llegado. Felicitámosle por la superioridad que sobre nosotros había mostrado haciendo todo el camino a pie; despedímonos de él y seguimos a Caracas, a donde llegamos a tiempo que el reloj de Catedral sonaba las 12 de la noche.

Al siguiente día me apresuré a poner en manos del Dr. A. Ernst las plantas que habíamos recogido, y debo a su bondadosa eficacia y a su inteligente examen, la satisfacción de saber que a pesar de la precipitación con que verificamos nuestro viaje al pico de Naiguatá, algo ha ganado en ello la ciencia, pues a más de la *Chusquea Spencei*, reconocida y clasificada por dicho señor Ernst, como una especie totalmente nueva, y de un *Galium* de la sección *Relbunium*, que él cree que también es nueva, pero que por falta de flores no ha podido hacer por completo su clasificación, hemos traído entre un número de 32 especies, algunas que si no son nuevas para la botánica, sí lo son para la flora de Caracas, tales como la *Siphocampylus microstoma*, HK. que crece en Nueva Granada la *Guaphalium incanum*, H. B. K., que figura en la flora del Perú, y la *Potentilla Ehrenbergiana*, *Schlcht*, que se ha encontrado en las montañas del Real del Monte de Méjico<sup>17</sup>.

El señor Dr. Ernst, en vista de las muestras que en nuestra precipitada excursión hemos obtenido de las plantas del Naiguatá, ha concebido la esperanza de que “este elevado pico sea el *habitat* de muchas especies interesantes de la *flora andina*”.

Por lo que se relaciona con la *Zoología*, Mr. Goering cree que en el pico de Naiguatá no se encuentran animales raros y ni los que habitan las serranías del interior pueden pasar a este pico ni a la Silla por la dificultad de atravesar los valles que median entre aquella y estas aisladas alturas, siendo por otra parte éstas de muy poca extensión para constituir una fauna particular.

---

17. Véase texto final.-A. J.

Opina Mr. Hübel que la composición de las rocas de Naiguatá, es metamórfica de gneiss (sin hornblende) y micaesquisto, habiendo llamado nuestra atención sobre una vena bien estratificada de cal metamórfica antigua sumamente cristalina.

Creo haber cumplido el principal propósito que me animó a hacer esta excursión, dejando estampados, para provecho de la ciencia y de este país, las observaciones, noticias e impresiones de este viaje; prefiriendo antes ser difuso que callar el menor incidente que pudiera dar una luz en este particular.

Abierta queda la vía para que los hombres científicos ocurran a aquellos elevados lugares a recoger nuevas observaciones que formen un caudal de donde derive utilidad el progreso de este bellissimo país, cuyo porvenir tiene que ser venturoso si sabe aprovechar la paz que el brazo firme del hombre que lo rige acaba de sellar en la última campaña.

¡Ojalá que en esta ocasión haya yo acertado, como es mi más ferviente deseo, a hacer algo en beneficio de Venezuela, a quien debo la más cordial hospitalidad y los días más agradables de toda mi vida!

JAMES M. SPENCE.

Caracas, mayo 15 de 1872.

NOTA.-Traducción de Nicanor Bolet Peraza.

Bajo el título de *Sertulum naiguatense* publicó el doctor Ernst, profesor entonces de Ciencias Naturales de nuestra Universidad Central, en el número de setiembre de 1872 del "Journal of Botany" de Londres, una lista de las plantas recogidas por Spence en el Pico de Naiguatá, la cual fué reproducida en las páginas 180 a 184 del segundo tomo de la obra "The Land of Bolívar". (1878). Esta lista comprende las 32 especies siguientes:

1. *Usnea ceratina*, Ach., liquen que cubre los tallos de la *Befaria ledifolia*.
2. *Sticta laciniata*, Ach., líquen que cubre las rocas.
3. *Frullania cylindrica*, Gottsche, musgo también hallado sobre los tallos de *Befaria*.
4. *Macromitrium longifolium*, M. musgo.
5. *Funaria hygrometrica*, Hedw, musgo.
6. *Polyrichum aristiflorum*, Mitten, musgo.
7. *Davallia concinna*, Sehad., helecho.
8. *Blechnum serrulatum*, L.
9. *Lycopodium complanatum*, L.
10. *Lycopodium clavatum*, L.
11. *Lycopodium taxifolium*, L.
12. *Podosaemum alpestre*, H. B. K. gramínea que cubre los fondos de los vallecitos.
13. *Chusquea Spencei*, Ernst. Esta nueva especie de carrizillo es muy abundante en el Pico de Naiguatá. Su descripción fué incompleta por no haberse hallado en flor. En mi ascensión de abril 7 a 10 de 1887 tuve la suerte de recoger muestras con flores, las que sirvieron al doctor Ernst para completar la descripción de la nueva especie que lleva el nombre del

primer explorador del Naiguatá. (Véase “Revista Científica de la Universidad Central de Venezuela”, I. pág. 132-136. 1887-1888).-A. J.

14. *Peperomia galioides*, H. B. K., pequeña piperácea que crece entre las rocas.

15. *Rhopala ferruginea*, H. B. K.

16. *Phytolacca rivinoides*, Kth.

17. *Gardoquia discolor*, H. B. K.

18. *Gaylussacia buxifolia*, H. B. H. pequeña ericácea.

19. *Vaccinium caracasenum*, H. B. K. ericácea.

20. *Vaccinium Ottonis*, Klotzsch.

21. *Befaria ledifolia*, H. B. K. Una de las plantas más bellas de aquella región, de la familia de las ericáceas, que también he recogido en los páramos de Trujillo y Mérida. Tiene hojas pequeñas y arrolladas en los bordes y flores de un bello carmesí, cubiertas de una goma que las hace pegajosas.-A. J.

22. *Gaultheria rígida*, H. B. K. Especie de pesjua de la familia de las ericáceas.-A. J.

23. *Siphocampylus microstoma*, Hook. Recogido en un nicho formado por una roca saliente cerca de la cima.

24. *Gnaphalium americanum*, Mill.

25. *Gnaphalium incanum*, H. B. K. Estas dos pequeñas compuestas de flores amarillas y pajizas están cubiertas de un indumento blanco que les da el aspecto del *Edelweiss* de los Alpes, el cual pertenece al mismo grupo. A. J.

26. *Achyrocline vargasiana* D. C. Compuesta semejante a las anteriores que crece también en el valle de Caracas, donde se le llama *Viravira*. A. J.

27. *Libanothamnus neriifolius*. Ernst. El doctor Ernst formó este nuevo género de las compuestas para designar el muy conocido arbusto de las cumbres avileñas, a partir de los 2.000 metros de altura, que el vulgo conoce por el nombre de Incienso. Humboldt y Bonpland lo recogieron en la Silla y lo clasificaron entre los *Trixis*, (Baileria?), pero los trabajos de Shultz y posteriormente de Wedell (1855) revelaron que se trata de una especie del género *Espeletia*, al cual pertenecen los diversos frailejones de nuestros páramos andinos, donde también es abundante esta especie entre 2.200 y 3.000 metros de altura y donde se le llama “Frailejón de arbolito”. Su nombre botánico es *Espeletia neriifolia* (Sch. Bip.) Wedd.

28. *Galium* sp. (*Sect. Relbunium?*). Por carecer de flores no pudo identificarse esta pequeña rubiácea.

29. *Pseudorhachicallis caracasana*, Karst. Bello arbusto de la familia de las rubiáceas, de pequeñas hojas y diminutas flores de un blanco morado, que también está representado en la flora de los páramos andinos de Venezuela. Su nombre botánico es hoy *Arcytophyllum caracasenum*.-A. J.

30. *Hypericum caracasenum*, H. B. K. pequeña gutífera de flores amarillas.

31. *Weinmannia hirta*, Sw. Saxifragácea que el vulgo llama Curtidor. A. J.

32. *Potentilla Ehrenbergiana*, Schlecht. Esta identificación incorrecta débese a lo exiguo e incompleto del material botánico recogido por Spence. El mismo Ernst recogió en su ascensión al Naiguatá, el 25 de agosto 1879, muestras completas de esta bella rosácea de plateadas hojas que tapiza el fondo de los vallecitos y lagunazos arriba de 2.500 metros, y reconoció desde luego que se trataba de una especie del género *Acaena*. Muestras enviadas por él al jardín botánico de Kew (Londres), permitieron al doctor Hooker identificarla con la *Acaena cylindristachya* de los páramos merideños, donde lleva el nombre vernacular de *yerba del oso*. A. J.

Los materiales botánicos recogidos por Ernst en 1879 y los de las varias ascensiones efectuadas por el doctor H. Pittier, actual Director del Museo Comercial y Profesor de Botánica de nuestra Universidad Central y por las del suscrito desde 1885, han venido a ampliar considerablemente esta lista, constituyendo el conjunto tina *Florula naiguatensis* que me prometo publicar en otra ocasión.

A. JAHN.

Caracas. Diciembre de 1931.